

NUESTRA PROSPERIDAD, y la riqueza que indudablemente encierra nuestro territorio, son temas que a cada paso andan en labios de nacionales y extranjeros.

El nombre de Venezuela, ha venido sonando como mensaje de ilusión y de redención económica en millares de oídos extranjeros. Y para no pocos inmigrantes y hombres de empresa en efecto ha habido en estas tierras oportunidad para desarrollar un trabajo competente, tesorero y rendidor.

Con una riqueza petrolera que aún ofrece perspectivas muy halagüeñas para algunos años, y con una perspectiva de ingente riqueza en minas de hierro de excelente calidad, no es extraño que fuera de los límites de nuestro territorio se nos considere como una nación de prosperidad asegurada, si sólo se nos juzga mirando a las estadísticas de nuestra producción de petróleo y de hierro.

Pero hay un grave peligro de forjar una conclusión que no se basa en la realidad de nuestra situación de conjunto. Hay un espejismo que conviene no tomar en serio. Nuestro colega capitalino "La Esfera" publicó recientemente en su página financiera una atinada nota que queremos reproducir, como oportuna advertencia en esta hora de excesivo optimismo económico, ya que no basta con mirar el momento actual, si no se actúa prudentemente con la vista fija en un futuro que debe asegurarse desde ahora.

Dicie así la citada nota:

"El estudio financiero sobre Ibero-América, publicado en New York por el "Chase National Bank", señala que la prosperidad venezolana va viento en popa, con el aumento de la producción de petróleo y los embarques de mineral de hierro. Efectivamente salvo muy pocas industrias cuyo rendimiento apenas cubre una parte del mercado interno, el país carece de otra cosa que petróleo y hierro, que debemos a dos factores: el subsuelo venezolano y la técnica extranjera. Muy poco es, entonces, el aporte que nosotros hemos podido dar a la creación de actividades estables, aun cuando en ello se han hecho cuantiosos esfuerzos y gastado ingentes sumas, tanto de capital privado como de crédito estatal. La prosperidad criolla se mide, pues, por la posibilidad o la seguridad de seguir exportando minerales.

"Esa bonanza es ficticia, a menos que nos dediquemos íntegramente al trabajo. El dilema es simple. O invertimos los aludes de dinero que nos produzcan las explotaciones mineras, en el desarrollo de la agricultura, la cría y la industria; o seguimos dependiendo del exterior hasta para lo más elemental. Esto último no sería prosperidad verdadera, sino perpetuación del déficit, y necesidad angustiosa de repartir la escasez en los períodos en que haya alguna anomalía en el mundo, que por lo visto van a ser los más prolongados.

"La prosperidad permanente depende, más bien, de la aplicación que se le dé a los proventos cuantiosos de que disponemos. Esta última, a su vez, está en función de la capacidad del venezolano. Habrá que organizar mejor nuestras actividades fundamen-

tales, capacitar a la mano de obra y crear técnicos dotados de sentido administrativo para el manejo de las empresas. O de lo contrario, la bonanza de que venimos hablando será efímera, endeble, incapaz de resistir el menor obstáculo. Y nos obligará a estar formulando planes de emergencia cada quinquenio".

POBRE ALEMANIA. No dejará de ser aleccionador conocer algo de lo que está pasando en la zona oriental de Alemania, hoy bajo el dominio stalinista ruso. Lo que en materia de educación está ocurriendo allí, no se diferencia mucho de lo que aquí en Venezuela, muy solapadamente, pero también muy tenazmente, vienen poniendo en práctica docenas de maestros y profesores marxistas que están envenenando a nuestra juventud estudiantil con sus enseñanzas ateas y disociadoras.

"¿Y qué nos dice acerca de la religión en la Zona Oriental de Alemania?", preguntaron recientemente en New York los editores de la importante revista semanal "América", a un sacerdote viajero, que es párroco de una Iglesia en el sector inglés de Berlín, pero que ha tenido oportunidad de viajar extensamente por la zona rusa.

"¿Cree usted que los rusos y los alemanes comunistas han tenido éxito en enemistar a muchos con la Iglesia Católica?"

—La respuesta no requirió pensar mucho, y nos contestó enseguida: "No, definitivamente nó; pero se entiende entre la gente mayor. En cambio entre la juventud, —eso es otra cuestión. Los libros de texto que tienen que usarse en todas las escuelas son horribles. Están llenos de la mohosa propaganda contra la Iglesia que estuvo en voga hace setenta años. Dénselo a los Comunistas otros cinco años, y habremos perdido a la mayoría de nuestra juventud".

Semejante reportaje verbal, completa y aclara algunos recientes datos de la prensa. Por ejemplo, el 15 de noviembre vino una noticia de Berlín que nos informa acerca de hasta qué extremo la escuelas de Saxony-Anhalt van siendo modeladas según el patrón soviético. Véanse algunos datos:

"El currículo de estudios en la Zona Oriental tiene que estar basado en la concepción filosófica materialista de la vida... Es una estupidez hablar de libertad. Nadie es libre, porque todo el mundo tiene forzosamente que depender en sus necesidades, del medio y condiciones en que le toca vivir... Cada maestro tiene que ser, primero y necesariamente, un oficial del S. E. D. (que es el partido dominado por los Comunistas) y debe por lo tanto ser un activo militante político... Su grado de actividad política es lo que decide la importancia de cada maestro".

Los maestros reciben el aviso claro de que tienen

que apoyar el Movimiento de la Juventud Alemana Libre (que es el sucesor comunista del infame Hitlerjugend); y se les dice que es "sólo cuestión de tiempo" lo que falta para que la poca instrucción religiosa que aún se tolera sea definitivamente eliminada.

Todo va según plan.

¿Y qué plan? El plan bajo el cual la juventud rusa ha sido moldeada, durante treinta años, para convertirla en leales miembros de los "Konsomols". (Esta es la forma abreviada con que se denomina la unión general de Juventud Leninista Comunista, que comprende a los jóvenes entre las edades de 14 y 26 años. Estos Konsomoles tenían en 1949, en Rusia, un total de diez millones de miembros).

¿Y cómo enseñan a los miembros del Konsomol? La respuesta puede leerse en un folleto editado recientemente en Washington, por The Public Affairs Press, y que lleva por título: (trad.) "Jóvenes Comunistas en la URSS". Esta edición de Washington es la traducción de un documento ruso publicado por el Ministerio de las Fuerzas Armadas de la URSS, Sección de Propaganda y Agitación del Comité Central de la Liga de Jóvenes Comunistas. Debe leerse el documento entero para comprender su horrorosa importancia; pero hay en él una sección que trata de la educación de la juventud Comunista en lo que se refiere a la religión. Dice así:

"Los residuos del pasado encuentran su expresión también en varias supersticiones y prejuicios de que está empapada la juventud. En el curso de los siglos, la religión ha sido el baluarte de la oscuridad, de la ignorancia y de la falta de cultura. Las clases dirigentes explotadoras hacen uso de la religión. Con la ayuda de la religión mantienen a las masas del pueblo sometidas, les inculcan el espíritu de la humildad cristiana, envenenan la conciencia del pueblo y lo retraen de su lucha por la reconstrucción de la vida en la tierra".

De acuerdo en eso, continúa el folleto, el **Partido Comunista** "desarrolla una amplia y científica propaganda educacional" para liberrar a las masas trabajadoras de todo "prejuicio religioso". Dice luego que demanda la cooperación del Konsomol, el cual "siempre ha considerado, y todavía considera a la religión como un engaño que envenena los corazones de la gente joven... El Konsomol no puede quedar neutral en lo que respecta a la religión. Bien pensada y paciente propaganda antireligiosa es una parte integral de la educación Comunista de la juventud".

Tal es la educación bajo la cual se halla progresivamente sujeta la juventud de Alemania Oriental. ¿Hará falta, así, que pasen cinco años siquiera para saber, dolorosamente, que esa juventud se ha perdido para la Iglesia y para toda humana decencia?

LA HORA 25, es el título de una impresionante al par que aleccionadora novela rumana, de reciente aparición. Como "documento humano" tiene un valor que bien merece tomarse muy en cuenta. Así lo ha hecho el prestigioso escritor nicaragüense Pablo Antonio Cuadra en oportuno artículo que inserta "Latinoamérica" en su número de marzo. Léase a continuación dicho artículo, que dice:

Como el anverso trágico y terriblemente real de la novela o sueño de Huxley: "UN MUNDO FELIZ", acaba de llegar a mis manos otra novela —ya no de ficción sino de aflicción— de un autor desconocido, rumano, pero llamado a inscribirse como uno de los más decisivos relatores de nuestra apocalipsis. El autor es C. Virgil Gheorghiu. Su obra: "LA VINGT-CINQUIEME HEURE" (Librairie Plon). Su argumento podría sintetizarse en una frase de uno de los protagonistas: "La terre a cessé d'appartenir aux hommes". En una tierra que se le vuelve ajena, el protagonista (un campesino) Iohann Moritz, es llevado por la fuerza huracanada del absurdo, de campo de concentración en campo de concentración —pues siempre hay una razón para atormentar al Hombre— y será sucesivamente acusado de ario, de judío, o de ario-puro-judío, o de amigo de los Aliados y luego enemigo por los mismos Aliados, en una pasión y crucifixión de contradicciones— que va machacando hasta la muerte a todos los compañeros de Iohann, el padre Traian Coruga, por ejemplo, el único que perfora aquella brutal tiniebla con un agujero de esperanza, y los demás héroes sumidos en la sombra del terror anónimo. El campesino, el hombre ligado por vínculos profundamente humanos con la realidad, el que se alimentó de la libertad y dignidad de la tierra, es el único que resiste a la aplastante maquinaria destructora de los "hombres-técnicos" (los esclavos deshabitados de aquel mundo infeliz de Huxley), y contra quienes, en el último y sangriento capítulo de "La Hora Veinticinco", mantiene el derecho a la tristeza, el último derecho de la dignidad humana, contra la deshumanización integral de Occidente.

Y digo Occidente porque ésta es la tesis de Gheorghiu. "Esta guerra —dice un protagonista— no es una guerra del Occidente contra el Oriente... Ella no es más que una revolución interior dentro del marco de la sociedad técnica occidental... Rusia, después de la revolución comunista, ha llegado a ser la rama más avanzada de la revolución técnica occidental... Rusia ha tomado todas sus teorías del Occidente y las ha puesto simplemente en práctica; ella ha reducido al hombre a cero tal como lo había aprendido del Occidente. Rusia imitó a Occidente como sólo un bárbaro y un salvaje podía hacerlo". Hay un reflejo de Walter Schubart, para quien el Bolchevismo es una corona de espinas colocada por la civilización técnica occidental sobre la frente de un pueblo espiritualista como el ruso, en esta visión profundamente aleccionadora de Gheorghiu. Para el apocalíptico rumano de "La Hora 25" el antagonista monstruoso de sus héroes, es decir el

antagonista de "el hombre", es el Ciudadano. "Los Ciudadanos no viven ni en los bosques ni en la selva virgen, sino en las oficinas. Sin embargo, son más crueles que las bestias salvajes de la jungla. Nacieron del cruzamiento del hombre con la máquina. Es una especie bastarda; la raza actualmente más poderosa de toda la superficie de la tierra... Ciudadano es el ser humano que no vive sino la dimensión social (burocrática) de la vida. Como el émbolo de una máquina, no efectúa más que un solo movimiento y lo repite hasta el infinito. Pero contrariamente al émbolo, el ciudadano tiene la pretensión de erigir su actividad en símbolo, de dársela como ejemplo al universo entero... El ciudadano es el animal más peligroso que ha aparecido en la superficie del globo desde el cruce del hombre con el esclavo técnico. Posee la crueldad del hombre y del animal y la fría indiferencia de la máquina. Los rusos han logrado crear el tipo más perfecto de toda la especie: el Comisario..."

La novela del rumano Gheorghiu —la más tremenda flor literaria de post-guerra— no revela otra cosa (recordemos que apocalipsis significa revelación) que los destrozos causados en el hombre por la mentalidad tecnocrática moderna. Los héroes se mueven en la novela como arrancados del paisaje, como colocados en un escenario vacío. Las fuentes, los prados, el júbilo de la naturaleza primaveral en balde erigen sus trasfondos, porque Gheorghiu logra un aislamiento deprimente pero real, de tal modo que sus "hombres" pasan como ajenos... como árboles sin raíces llevados por el viento huracanado que Judas Thadeo previó en aquella formidable Epístola católica. Los esclavos de la técnica han elaborado una Civilización que tiene que funcionar como una máquina, y en esa máquina el individuo es solamente una pieza. Si la guerra se ha declarado contra Alemania y Rumanía es su aliada, tú, rumano, hombre rumano, eres enemigo. No existe la persona... No valen matices, diferencias, voluntades. El hombre número es un enemigo y va al campo de concentración. La misma lógica —lógica!— esa palabra que se ha endurecido como una espada y que era el instrumento por excelencia de la Razón, es ahora el arma devastadora de la aberración!— el mismo razonamiento mueve las inteligencias de alemanes nazis, comisarios rusos y ocupantes aliados. Son los dientes trituradores de la gran rueda técnica. Cuando Iohann Moritz llega, por fin, al campo aliado, se presenta, para salvarse, a Mr. Lewis (norteamericano). Su mujer, sus pequeños hijos están allí, a su lado, después de trece años de martirio incesante pasando de un infierno a otro. En 1938 en un campo para judíos de Rumanía. En 1940 en un campo para rumanos en Hungría. En 41 en Alemania en un campo para húngaros. En 45 en un campo norteamericano para rumanos. Ahora se ha ofrecido para luchar contra el bolchevismo. Ha leído los afiches que invitan a "La Cruzada" y ha creído encontrar un medio de salvación. Se presenta empujado por la desesperación; pero Mr. Lewis no concibe la desesperación. Los

afiches han anunciado unos ideales democráticos y esos ideales deben producir entusiasmo. Debe fotografiar a Iohann porque se ofrece y este gesto es una propaganda. Entra el fotógrafo. Iohann está triste. Tiene derecho a la tristeza porque su pensamiento no puede sacudir el recuerdo de esos trece años de infinito sufrimiento. Pero eso no es técnico. —"Keep smiling!" ordena el yanqui. —"¿Qué dice el Americano?", pregunta melancólicamente Iohann— "Te ordena sonreír". Pero Iohann no puede. No quiere. Va a estropear la foto de propaganda, pero sus ojos se nublan de lágrimas. —"Keep smiling! ¡Smiling!", grita Mister Lewis... y la novela termina: —"¡Sonríase, sonríase..."

El apocalipsis no permite la sonrisa. La melancolía aparece ya en aquella Venus de Boticelli que surge desnuda de su concha florentina anunciando el Renacimiento del paganismo. Allí se anuncia, en la belleza extraña de una "Libertad" que surge queriendo ignorar la "Verdad", la primera melancolía de la Gracia perdida. Luego vendrán Lutero, Kant, Rousseau, Hegel, la coordinada desviación metafísica separándose cada vez más de la concepción cristiana del hombre. Y esa corriente metafísica, que desemboca en Marx, es la única fuerza (¡no hay otra, oh materialistas!) que arrastra al mundo a las brutales y sangrientas tragedias de deshumanización actual. Como dice Gabriel Marcel en el prólogo de esta dolorosa novela: "las aberraciones de la metafísica marxista sólo fueron posibles desde el momento en que se comenzó a admitir esa autolatría sacrílega (divinización del hombre por el hombre; derechos del hombre sin Dios!) sin que los hombres fueran capaces de prever sus desastrosas consecuencias".

Esta es la hora 25, y las únicas palabras que pueden llevarnos al horario de una edad nueva —por la difícil puerta del Juicio— nos las entrega el Padre Coruga, Protagonista de la novela, repitiendo los versos de Eliot:

"Cada horror tiene su propia definición.
Cada dolor tiene una especie de fin;
No es posible en la vida un sufrimiento sin límites.
Pero esto, esto está fuera de la vida, fuera del
(tiempo,

En un instante eterno de mal y de injusticia.
Estamos manchados por una inmundicia que no
(podemos limpiar,

unida al sobrenatural gusano.
Pero no somos sólo nosotros, ni la casa,
Ni la ciudad los que estamos manchados,
Sino el mundo entero todo putrefacto!
¡Purifica el aire! ¡Limpia el cielo! ¡Lava el viento!
¡Coge las piedras una a una!
¡Despega la piel del brazo,
El músculo del hueso y lávalos!
¡Lava la piedra, lava el hueso, lava el cerebro,
¡Lava el alma! ¡Lávalos! ¡Lávalos!